

SÁNCHEZ VÁZQUEZ: SU APORTACIÓN A LA ESTÉTICA

SILVIA DURÁN PAYÁN

Tengo la fortuna de conocer al doctor Adolfo Sánchez Vázquez desde 1968, año clave para toda mi generación y para el mundo. Ya que haber emprendido el trabajo universitario en este año y en esa década significativa, nos permitió crecer en la revolución sexual con las consecuencias pertinentes y con la filosofía de la transformación. Somos, creo, una generación que nació del optimismo y en el optimismo, porque teníamos la convicción de que podíamos lograr la sociedad que todos anhelamos.

Somos también la generación que logró modificar el tiempo, ya que los jóvenes que nos antecedieron esperaban con ansiedad la llegada de la madurez, el traje, el matrimonio, el perro... Nosotros, a diferencia de ellos, nos negamos a crecer. Somos, como dicen en una estación radiofónica, la juventud que llegó para quedarse.

Hoy, el panorama es muy distinto. Después de los acontecimientos que ocurrieron en esos dos años que estremecieron al mundo, el por-venir se antoja difícil, la transformación lejana y el optimismo se está desvaneciendo. Nuestro tiempo es un tiempo de muertes: la destrucción de la naturaleza, las armas biológicas, el sida, el hambre, etcétera. Las muertes del arte, de la lucha ideológica, del socialismo, de la historia, de Marx y, con él, del futuro. Muertes todas ellas apresuradas, creo, violentadas, ya que, quienes las proclaman lo han hecho demasiado pronto y de manera superficial. Se olvidan de que lo que hoy vivimos tiene una causa objetiva: el capitalismo; un remedio efectivo: la transformación de la causa, y un agente siempre renovado para realizarla: la humanidad.

Yo, por lo que dije líneas arriba, creo en la utopía, padezco de un optimismo incurable y, por lo tanto, creo en el futuro.

Por eso, volver a leer *Las ideas estéticas de Marx* fue un verdadero

placer. Es un texto que descubro con cada lectura, que me enriquece con cada reflexión, que conserva su oportunidad.

Las ideas estéticas de Marx es un libro clave para la teoría, para el pensamiento marxista y para la estética en general.

Vol verlo a leer me permitió recordar aquel tono combativo que manteníamos, las viejas polémicas, las llamadas crisis del marxismo, el realismo y la función del arte. Problemas que nos obligaban a mantenernos en guardia, a encontrar mejores argumentos, a distinguir la diferencia y a conciliar con la semejanza. Y es que todos ellos, pese a los diferentes argumentos y parcialidades cometidas, nos llevaban a lo mismo: a la necesidad de construir una sociedad mejor.

En el caso de la estética, los marxistas se dieron a la tarea de hacerla marxista. La mayor parte de sus aportaciones se centraron en una tarea nada fácil en aquellos años, mostrar que el arte es un trabajo, condicionado históricamente y socialmente, que es partidista, que proporciona conocimiento y contiene una determinada ideología.

El problema, para ellos, era doble: primero, tenían que luchar contra las concepciones idealistas dominantes del tiempo, y segundo, una vez entendido que el arte es producto de una determinada sociedad, explicar, como dice Marx, el porqué de su permanencia a pesar de que ese tiempo ya no exista. Los teóricos de la estética marxista, como señala Sánchez Vázquez, se ocuparon de una parte del problema: el condicionamiento social, la ideología y el conocimiento. Olvidaron la autonomía relativa, las formas y la manera específica de la construcción de la realidad artística.

Es cierto que fueron fundamentales sus propuestas para entender el arte de otra manera y tuvieron aciertos como dice Sánchez Vázquez, pero también lo es, que lograron, como lo afirma el doctor, teorías sociologistas, gnosceologistas, puntos de vista reduccionistas.

Esta mirada parcial, esta preocupación por las relaciones del arte con la sociedad, la ideología y el conocimiento, llevaron a los teóricos de la estética marxista a sostener que el arte realista era el arte por excelencia. Así, el realismo se convirtió en el gran mito, en la forma única, en el ejemplo a seguir.

En este campo fue Lukács, sin lugar a dudas, quien aportó más y con mayor calidad. Lukács realiza una división de las artes con base en la concepción del mundo que se refleja o, diríamos nosotros, ex-

presa en la obra. De esta manera, con base en la teoría del reflejo, Lukács establece la diferencia de las distintas artes de su tiempo: naturalistas, vanguardistas y realistas. La diferencia se establece tomando en cuenta las distintas formas de reflejar el mundo (conocimiento de él) y, por tanto, por la ideología que expresan. Así, las obras calificadas como naturalistas son las que realizan un reflejo inmediato, fenomenológico de la realidad; las vanguardistas, dada su ideología decadente (quiere decir burguesa), son las de corte subjetivista, realizadas a través de un reflejo general y abstracto, y el realismo, ya sea crítico o socialista, era juzgado, por él, como el verdadero arte; ya que desde el punto de vista de Lukács, el arte realista logra un reflejo objetivo de la realidad, se mantiene en la particularidad y expresa, por lo tanto, un partidismo, digámoslo así, revolucionario.

Lukács, me parece, logra una teoría sistemática y coherente sobre la literatura realista y una buena estética parcial y limitada. En *Las ideas estéticas de Marx*, el doctor realiza una crítica a este autor y devela los motivos que lo condujeron a ser, como se le conoce, el padre del realismo socialista, título que responde a su trabajo y también a la crítica de la que ha sido objeto por su dogmatismo.

Lukács incurre en graves problemas en su teoría. Además de los mencionados por el doctor en su libro, mezcla, en su estética, sus preferencias artísticas, sus juicios valorativos y las categorías con las que trabaja como si se tratara de lo mismo. Por otra parte, establece como categoría central de la estética lo particular, categoría que pertenece a la epistemología, no a la estética, de ahí su gnosceologismo.

Sánchez Vázquez realiza en su texto el análisis crítico de las principales propuestas que había sobre estética marxista. Aquí sirva sólo la mención general y breve para mostrar cuál era el panorama de ese momento. El pantano se hacía más denso en la medida en que se quería salir de él a través de las mismas concepciones, tal es el caso de Garaudy y su *Realismo sin riberas*, que en su afán de reconocer y validar obras como las de Picasso, Saint-John Perse, los poetas metafísicos, etcétera, ampliaba al infinito el concepto de realismo. El problema no era la extensión del concepto, el verdadero problema estaba en cerrar las posibilidades del arte a una sola manera de hacerlo y con un concepto limitado del realismo. El problema era no observar lo propiamente artístico.

Sánchez Vázquez, conocido por todos ustedes, marxista, filósofo y poeta, no sólo no era ajeno a los problemas de la estética marxista, sino que constituían parte de sus preocupaciones centrales y por eso, como él mismo ha dicho, se dedicó a conjuntar las ideas que sobre estética y arte se encontraban en los textos de Marx, para clarificar y proponer un camino a la estética marxista que estuviera en directa relación con el espíritu del propio Marx y el carácter esencialmente creador del hombre. Esta teoría, dice el doctor, se encontraba sugerida en los textos de Marx a través de ciertas ideas, opiniones y algunas tesis. Ideas que había que desarrollar creativamente, como afirma Sánchez Vázquez, “para lograr la estética marxista. Una estética que debería de articular y estructurar esas ideas con la profundidad que exigía su entronque esencial con la concepción que Marx tenía del hombre y su doctrina de la transformación revolucionaria de la sociedad”.

Esta teoría, dice Sánchez Vázquez, “sólo podía abordarse en el marco de la concepción filosófica del mundo (de Marx) y partiendo de una recta comprensión del marxismo como el verdadero humanismo de nuestra época [...]”

Y esto fue así, porque el doctor es así. El desarrollo creativo de las ideas estéticas de Marx se convirtió en las bases mismas de su propia propuesta estética, se trata, en verdad, de una teoría personal. Su discrepancia con las propuestas reduccionistas y dogmáticas, muestra su personalidad y su trabajo; ya que el doctor Sánchez Vázquez mantiene una actitud de reflexión continua sobre lo suyo y lo de los demás, en busca de una teoría más completa, abierta, más verdadera que explique, con riqueza, la propia riqueza de la realidad y del arte.

Un filósofo como él, con una gran calidad humana, decide de manera natural, por el humanismo marxista, o mejor dicho, por el Marx humanista, con el que comparte el amor y respeto hacia la humanidad y la creencia de que nosotros, todos los seres humanos, merecemos vivir con dignidad y en una sociedad justa. Por eso, Sánchez Vázquez lee a Marx de esta manera. Un Marx cuya propuesta no se reduce a la economía, un Marx preocupado por el hombre y sus diversas actividades, un Marx que es capaz de hablar del amor, del arte y de la utopía concreta. Su marxismo es, como el marxismo de Marx, el humanismo de nuestro tiempo. Esta concepción que rescata

el pensamiento filosófico de los textos de Marx y su concepción sobre el hombre le permitió crear una propuesta estética capaz de esclarecer y evitar los reduccionismos en los cuales se encontraba el pensamiento estético.

En aquellos años, pese a las diversas crisis del pensamiento marxista, la humanidad, o buena parte de ella, seguía soñando el sueño de los justos, seguía creyendo en el futuro, en la posibilidad de construir un mundo mejor, la sociedad del bien-estar. La democracia vista como elecciones y adquisición de puestos o curules, no constituía un fin y mucho menos en sí mismo. El proyecto era la transformación radical, total y, por esto, era necesario, también, crear la estética marxista.

Así, la tarea de construir una estética marxista se convirtió, en este siglo, en una tarea prioritaria y fundamental. Tarea que, en sus primeros momentos, mostraba los errores antes mencionados. Los ejemplos vivos de los jóvenes países socialistas, los reduccionismos y las políticas culturales seguidas por ellos, mostraban la urgencia de un planteamiento crítico que lograra la teoría y la política acordes con las necesidades de la nueva sociedad. Una teoría que fuera capaz de mantener los mismos principios que Marx había señalado y por los cuales los marxistas luchaban.

Sánchez Vázquez participó en este proyecto de manera brillante con su libro *Las ideas estéticas de Marx*. Logró enfrentar y crear nuevos caminos, sin olvidar los condicionamientos históricos, las relaciones entre el arte y la ideología, la sociedad, la realidad y el conocimiento. La diferencia de su propuesta y la de sus antecesores radica en el hecho de observarlos a partir del arte, de no limitarse a ellos, de recobrar lo específico artístico y, desde luego, la recuperación de un Marx por muchos negado o desconocido; el Marx humanista que deposita en el trabajo creador la esencia del hombre, el Marx que reconoce que el arte es esencial y necesario al hombre, el Marx enamorado de la belleza...

En *Las ideas estéticas de Marx*, Sánchez Vázquez afirma que "el hombre como ser de necesidades y el hombre como ser creador, productor, se hallan en una relación indisoluble. La actividad que hace posible esta relación es una actividad material, práctica: el trabajo humano". El trabajo permite una doble transformación: la creación

de una realidad humanizada y la de su propia naturaleza. El arte, dice Sánchez Vázquez,

[...] responde a la necesidad humana de exteriorizarse, de marcar con la huella del hombre las cosas exteriores [... el arte es] un peldaño superior del proceso de humanización de la naturaleza y del hombre mismo, una dimensión esencial de su existencia, dimensión que se da justamente por la semejanza del arte con lo que para Marx es la esencia misma del hombre: el trabajo creador. Así pues, el arte surge para satisfacer una necesidad específicamente humana; la creación y el goce artísticos caen, por tanto, dentro del reino de las necesidades del hombre.

El trabajo es creación de objetos útiles que satisfacen determinadas necesidades y objetivación o plasmación de fines, ideas o sentimientos humanos en un objeto material, concreto-sensible. El arte eleva a un grado superior la capacidad de expresión y afirmación del hombre desplegada ya en los objetos del trabajo. Por lo tanto, entre el arte y el trabajo no existe opción radical. Los productos del trabajo satisfacen necesidades práctico-utilitarias y a la vez objetivan las fuerzas esenciales del ser humano. “Entre estas dos funciones del producto hay cierta tensión o conflicto que no conduce a la anulación de una en favor de la otra, pero sí a cierto predominio de cualquiera de los dos”. Ya que “la utilidad de la obra artística depende de su capacidad de satisfacer [...] la necesidad general que el hombre siente de humanizar todo cuanto toca, de afirmar su esencia y de reconocerse en el mundo objetivo creado por él”.

De esta manera, Sánchez Vázquez invalidó viejos argumentos idealistas y, nos permitió entender la necesidad del arte, su utilidad y su importancia.

En el texto que hoy comentamos existen otras ideas fundamentales para entender el trabajo artístico. Voy a permitirme tomar ejemplo del doctor y, aunque no me salga una elaboración creativa como la suya, las voy a incluir como fundamento de lo que yo creo.

Empezaré por afirmar que la necesidad de estetizar la realidad, de hermosearla, como dice Bolívar, o ese algo más (excedente de forma), de la que habla el doctor en su libro, es una necesidad humana,

esencial que no se limita a la creación de objetos artísticos. Es una necesidad que permea toda su producción, toda su vida y que acompaña al hombre, desde que podemos hablar de él como hombre.

La función estética está presente en los más diversos objetos: en la lanza, en las vasijas, en los objetos de las iglesias, en los aparatos electrónicos, etcétera. Adornamos nuestras casas, combinamos los colores de nuestra ropa, decoramos la comida, en fin, estetizamos, siempre, nuestro entorno.

El arte es la manifestación privilegiada de esta necesidad de estetizar la realidad. Privilegiada por diversos motivos; primero, la función estética es reconocida, por nosotros, como su función central; segundo, porque habla del hombre de una manera esencial y, tercero, porque hoy es privilegio de una minoría. Los otros, la mayoría, los que no tienen acceso al arte por razones de condición económica y, por tanto, educativa, crean sus propias formas, su propio arte; el llamado arte popular, arte de masas, subarte, etcétera. Entre estas dos manifestaciones existe, a mi entender, una diferencia y una semejanza. En los dos casos se trata de tiempos extra-ordinarios. En el arte popular las historias de los hombres se apegan a lo concreto, a lo ordinario, a lo inmediato. El arte rebasa esa inmediatez, sin descartarla, para hablar esencialmente de lo propiamente humano. El primero, se ocupa de exaltar los sentimientos más cotidianos; con el segundo, podemos gozar de lo sublime.

El arte parte de la realidad para construir otra realidad: la artística. Se trata de una aprensión estética de la realidad que se conforma de acuerdo a las normas artísticas del tiempo, rebasándolas, reformulándolas o creándolas. Su contenido es el contenido humano, se trata de una manera diferente de saber el mundo, manera que no separa lo objetivo de lo subjetivo, lo general de lo singular.

El saber que proporciona el arte no se reduce a la representación realista de la realidad, por eso el realismo no es la única manera de hacer arte. El saber que proporciona el arte es realmente humano y, por eso, traspasa fronteras lingüísticas, teorías objetivas que nos hablan de la realidad en sí, estadísticas o técnicas.

La literatura, por ejemplo, no se detiene en el lenguaje natural ni es un lenguaje de segundo orden. La palabra es sólo el pretexto para construir esa otra manera de hablar sobre el mundo, de saber el mun-

do, de sabernos, que no es sólo racional o exclusivamente racional. En el arte se reconcilian también, las razones del corazón y las del entendimiento.

El arte invade los sentidos, sentidos estéticos desde luego como decía Marx, sentidos humanos que en el observar o en el escuchar se convierten en emoción, una emoción capaz de permitir la reflexión. Se trata, como dice Paz, de la inteligencia de los sentidos.

En este proceso de sabernos realmente humanos, en estas diferentes construcciones de lo humano que hemos hecho a través de la historia, se modifican las formas, se construyen diversos caminos. El hombre aparece en el arte como cazador, como criatura de Dios, como milagro de la naturaleza, como ser superior o como en el arte contemporáneo en total ausencia. Cada una de estas maneras de mostrar lo humano corresponden al sentido que le hemos conferido a los hombres a través de la historia. Hoy, dicen los artistas, el hombre ya no es un objeto digno para el arte. Carece de sentido, es grotesco y absurdo, por eso el arte contemporáneo deshecha ese, su objeto propio, en el sentido que Sánchez Vázquez afirma, y adopta al arte como su tema por excelencia; se trata de una mirada de sí mismo hacia su propio interior.

El arte contemporáneo no respeta las leyes de la belleza de las cuales habla Marx. Y no las respeta porque ese mundo bello, esos hombres bellos, dejaron de existir para el arte cuando éste habló del hombre desde su vida concreta, real. El hombre del arte moderno es un hombre que puede ser también grotesco, feo, cómico, trágico, pintoresco, etcétera, y esto es así ya que así es el hombre. Esta concepción permitió al arte moderno abrir las puertas de la creación artística y los condujo a crear un arte didáctico, que a través del espejo constituido por ellos enfrentara a los espectadores con su propia imagen, para crear la conciencia y la necesidad del cambio.

Las vanguardias, en una de sus tantas paradojas, negaron al arte como creación superior; se trataba de eliminar valores absolutos o los residuos de éstos. Y, al propio tiempo, permitieron que se sacralizara, como nunca, a la actividad artística y a sus productores.

El arte contemporáneo rompió con el proyecto didáctico, con los criterios de belleza y de valor superior. La experimentación tan im-

portante para la creación, se convirtió en un fin en sí mismo. La deshumanización de la que habla el doctor en su texto, se agudizó.

La sociedad y el arte se relacionan de manera necesaria, el arte parte de la sociedad, la implica, la expresa y retorna a ella. Pero también la inventa, la proyecta y sigue sus propias necesidades de construcción y las necesidades de sus espectadores. De tal manera que sociedad y arte no mantienen una relación inmediata o mecánica como afirma el doctor. Se unen y se separan, se implican y se niegan. Se trata de un diálogo vivo donde cada uno tiene sus propios argumentos, sus propias necesidades.

El arte se alimenta de la sociedad de su tiempo y nos hace saber estos diversos sentidos de lo humano por medio de construcciones artísticas. Estas formas, que son formas determinadas de un determinado contenido logran la separación entre lo realmente social y la creación artística.

En la creación artística, en el objeto mismo, lo singular y lo general se funden de una manera peculiar, manera que difiere del resto de los discursos. En el arte, por esta misma razón, conocimiento e ideología, podríamos decir, se encuentran unidos y muestran, en todos los casos, su partidismo. Esta representación del mundo que contiene la obra de arte no corresponde de manera necesaria ni mecánica a la ideología del autor y, en ocasiones, tampoco a la de sociedad que condiciona esa creación. Es más, la historia del arte está llena de ejemplos de obras rechazadas en su tiempo y valoradas en otros tiempos y, también, de obras aceptadas en su tiempo y rechazadas en otro tiempo.

El capitalismo, dice Sánchez Vázquez, es hostil al arte, y lo es siempre ya que niega el trabajo creador, la verdadera libertad de crear. Su hostilidad es necesaria, intrínseca, le pertenece como característica distintiva. Esta condición inherente propicia que el arte producido bajo este sistema (en general) sea, en pocas ocasiones, un verdadero acto de creación humana. Si a esta razón central sumamos la ideología imperante, el mercado artístico, el privilegio a la novedad, la valoración adquirida por medios publicitarios, el subjetivismo, etcétera, no es difícil afirmar que a una sociedad decadente le corresponde

un arte decadente. Sin embargo, esto no es así. Y no es así ya que el arte, el gran arte, el que alude a las fuerzas esenciales del hombre, el que crea la realidad artística, es siempre crítico y transgresor. Las otras obras producidas, también llamadas artísticas, las que dependen de la novedad o de la publicidad, no son obras de arte.

En todo ese material encontramos juegos atractivos, sensaciones agradables, sorpresa por la tecnología usada, juegos formales, etcétera. Ocurre en el arte lo mismo que en todo trabajo: se enajena. Esta analogía se mantiene en la caracterización que hace Marx del trabajo enajenado.

Las relaciones entre sociedad y arte, decíamos, no son mecánicas, pero siempre existe un pero, posibilitan o limitan el trabajo artístico. Como decía Fernández Retamar: si las condiciones no son adecuadas, el país podrá contar con diez grandes artistas, y si con adecuadas, seguramente, el país tendrá quince grandes artistas.

Hoy el capitalismo ha logrado que el arte sea para unos cuantos; que una buena parte de la producción artística sea divertimento o evasión, ha privilegiado el arte por el arte y ha canonizado a los autores que lo legitiman. Hacer un llamado a la conciencia de los artistas es inútil, ya que, aunque no lo quieran, la vida se les cuele en cada palabra, con cada trazo, y esa vida es una vida deshumanizada. Sánchez Vázquez tenía razón.

La estética marxista es hoy un proyecto olvidado, pertenece quizá a los sueños frustrados, a lo que no pudo ser. Sin embargo, hoy la estética debe mucho más de lo que se piensa a aquellos autores, a esa propuesta y a la obra del doctor Sánchez Vázquez *Las ideas estéticas de Marx*. Un libro que ha formado varias generaciones; un excelente libro indispensable para quien quiera saber, entender y hacer estética.